

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías 52,13-53,12): *Mirad, mi siervo tendrá éxito.*

Salmo (30,2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»*

2ª lectura (Hebreos 4,14-16; 5,7-9): *Mantengamos firmes la fe que profesamos.*

Pasión (Juan 18,1-19,42): *¿No sabes que tengo autoridad para soltarte o para crucificarte?*

En este día celebramos el misterio de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Tiene que ser, para todos, motivo de un gran dolor y una inmensa tristeza. Nada más digno de ser llorado que la muerte de un buen amigo. Pero resulta que ese amigo era la fuente de nuestra alegría y la razón de nuestra esperanza. Y resulta que no se trata de una muerte natural, sino espantosa, terriblemente cruel e injusta.

Tendríamos que pedir a Magdalena sus profundos sentimientos compasivos. Tendríamos que pedir, sobre todo, a María su capacidad de comunión con la pasión de su hijo. Y, naturalmente, pedir al Espíritu Santo sus dones de sabiduría y de piedad para poder adentrarnos en este misterio, que es de dolor, pero que, sobre todo, es de amor.

No es bueno quedarse en la contemplación de los dolores. La crucifixión era espantosa, sabemos, porque hubieron miles de crucificados, que su agonía era más larga y cruel. Y hubo y sigue habiendo torturas refinadas, más terribles que aquéllas del Calvario. El misterio del dolor es un abismo que encontramos en todas las etapas de la historia. Ese misterio no es deseable ni es por sí mismo redentor.

Lo que realmente es único y divino en la crucifixión y muerte de Cristo es la inmensidad de su amor. Sufría en su cuerpo y en su alma desde el amor y por amor. “Me amó y se entregó por mí”, por todos. Rompían su cuerpo, y él amaba. Derramaban su sangre, y él se entregaba. Blasfemaban y se mofaban, y él perdonaba. Lo despojaron de todo, y él nos lo daba todo, incluso a su madre, y se daba todo. Se sentía en el infierno del abandono de todos, incluso del Padre, y él confiaba. En cada palabra, amor. En cada silencio, amor. En cada paciencia, amor. En cada oración, amor. En cada grito, amor. En cada lágrima, amor. En cada partícula de dolor, amor. En cada trozo de vida, amor.

¿Dónde está vuestro Dios? Nos preguntan. *«Victoria. Tú reinarás, oh Cruz, tu nos salvarás»*, contestamos y creemos. A esta locura, a este sinsentido, nos acogemos con fe sencilla y humilde. En este día guardamos silencio. Parece que lo que Jesús quería hacer con sus amigos ha fracasado. La llamada, el seguimiento, la ilusión y la entrega... se han cortado de raíz. Y ahí está Jesús, clavado en la Cruz, como el más vulgar de los malhechores. Pero es una Cruz que guarda la Vida, el Amor, la Salvación. Será solo unos momentos de duda donde se oye fuerte el grito a Dios por su abandono. Es seguro: pronto resucitará la Vida, y ya no tendrá fin.

Desde la grandeza, desde el poder, desde fuera, desde la instalación..., nadie puede servir, ni hacerse prójimo, ni ser fermento de salvación. Jesús desde la Cruz nos señala bien el camino. La entrega a los hombres no son palabras, ni hechos aislados. Se pone en juego –y se pierde para los hombres, no para Dios- la misma vida.

Juntos podemos desgranar el Cántico de Isaías que escuchamos. Fijaos que hondura hay en sus imágenes: *“El Siervo (que la Iglesia nos dice es Jesús) crecerá y tendrá éxito, asombrará a los reyes y ante él todos cerrarán la boca. Ese será el resultado final de su entrega. Una entrega que se concreta en ser como un brote (insignificante y pequeño); sin aspecto atrayente; rechazado por los hombres; soportó nuestros sufrimientos (¡los nuestros!); sus cicatrices nos curaron; íbamos perdidos por la vida cada uno con su camino; cargando sobre él nuestros crímenes. Y así, tomando el pecado y entregando la vida, justifica a muchos y el Señor le da parte entre los grandes”*. De la nada, de lo que no cuenta, de la muerte del Hijo, Dios nos trae la Salvación. Todo nos habla de entrega, implicación, fundirse, practicar y estar codo a codo con las personas. Nada de teatro, nada de espectadores. En Jesús solo hay entrega.

La carta a los Hebreos nos habla de Jesús con expresiones parecidas. No tenemos un sumo sacerdote que mire desde lejos, sino que penetró los cielos (no se queda fuera, ni en lugares reservados); que se compadece; que es probado en todo; que se mantiene y no cae con las dificultades para cumplir la voluntad del Padre; que aprendió a obedecer. Y por todo esto se ha convertido en autor, en artífice de Salvación eterna. Si nos acercamos a Él, y sí eso es lo que queremos hacer, alcanzaremos misericordia. Jesús en la Cruz nos muestra la voluntad y la acción, el deseo y el logro, liberador de Dios a favor de los que no cuentan, de quienes son víctimas de la opresión y la injusticia. Queremos proclamar ahora y siempre: *«Salve, Cruz de Jesús, nuestra esperanza»*.